

# Justicia y Paz

por C. René Padilla LA PAZ es un bien deseable tanto para los individuos como para naciones. El corazón humano anhela la paz, y ésta, por lo tanto, se impone como un objetivo político prioritario que ningún gobierno responsable puede descuidar. Sea en el Este o en el Oeste, en el Norte o en el Sur, la visión profética de un mundo en el cual las espadas sean convertidas en arados y las lanzas en hoces suscita una respuesta positiva.

Sin embargo, la paz tiene sus condiciones. A menos que se cumplan, el ideal de la paz no pasa de ser un mero deseo sin posibilidades de realización. ¿Cuáles son las condiciones de la paz?

Isaías 32.7 señala la más importante de ellas: la justicia. Dice: "Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre". La paz se relaciona con la justicia como el fruto con el árbol que lo produce. Donde no hay justicia, no puede haber paz. La injusticia y la paz no pueden coexistir.

Recordemos que el profeta Isaías habla desde una situación de injusticia y opresión. Las clases dirigentes se han corrompido y están usando su poder para explotar a los pobres. Son "rebeldes y amigos de bandidos. Todos se dejan comprar con dinero y buscan que les hagan regalos" (Is. 1.23). Su tarea, dada por Dios, es hacer el bien, esforzarse en hacer lo que es justo, ayudar al oprimido, hacer justicia al huérfano, defender los derechos de la viuda (cf. 1.17). En lugar de ello, están ocupados comprando casas y acumulando tierras "hasta no dejar a nadie más... como si fueran los únicos en el país" (Is. 5.8). Han reemplazado el respeto a la ley de Dios por asesinatos y la justicia por gritos de dolor (cf. Is. 5.7). Han dictado leyes injustas y decretos intolerables y "no hacen justicia a los débiles ni reconocen los derechos de los pobres... explotan a las viudas y roban a los huérfanos" (cf. Is. 10.1, Z). Y no se puede esperar justicia del sistema judicial, ya que "acusan de crímenes a otros, y ponen trampas al juez, y con engaños niegan justicia al inocente" (Is. 29.21).

La injusticia es pan de cada día. Sin embargo, la injusticia no viene sola. Donde hay olvido de la justicia, reina la anarquía. "La situación será tal en el pueblo, que unos a otros, aun entre amigos se atacarán. Los jóvenes la emprenderán contra los viejos, los despreciados contra la gente importante" (Is. 3.5). La ley y el orden son esenciales para el bienestar de cualquier sociedad. Pero cuando se los invoca para defender intereses creados, la ilegalidad y el desorden se institucionalizan y, como resultado, se destruyen los fundamentos morales de la sociedad. Como racionalizaciones para justificar a los opresores, la ley y el orden inevitablemente pierden el respeto de parte de los oprimidos, las víctimas del sistema que los invoca. Los valores éticos pierden entonces vigencia y se crea una situación como aquella que el profeta describe cuando dice: "¡Ay de ustedes, que llaman bueno a lo malo, y malo a lo bueno; que convierten la luz en oscuridad, y la oscuridad en luz; que convierten lo amargo en dulce, y lo dulce en amargo!" (Is. 5.20). Se pierde toda noción del bien y el mal, y el caos social toma control de la situación.

Para complicar el problema todavía más, en el tiempo de Isaías el pueblo de Israel está satisfecho, inconsciente de su pecado. El mensaje del profeta, por lo tanto, encuentra oídos sordos. A causa de su rebelión – dice el profeta –, Asiria, una nación pagana, será usada como vara de la ira de Dios; por no querer entender, irán al exilio, "todo el pueblo, con sus jefes, morirá de hambre y de sed" (Is. 5.13). Su advertencia, sin embargo, es recibida con burla e indiferencia. El sonido de la destrucción está en el aire, pero en lugar de arrepentimiento y lamentación "lo que hay es diversión y alegría, matar vacas y

ovejas, comer carne y beber vino. 'Comamos y bebamos, que mañana moriremos', dicen" (Is. 22.13). El hedonismo va de la mano con la falsa seguridad.

La falsa seguridad de los líderes de Israel en tiempos de Isaías es una expresión de confianza en el poder militar de Egipto. En vez de arrepentirse y confiar en el Dios de justicia, han hecho alianza con el Faraón, olvidándose que "los egipcios son hombres, no dioses; sus caballos son de carne, no espíritus" (Is. 31.3). ¡Qué advertencia para quienes inclusive hoy día buscan la paz y la seguridad por medio de la fuerza bruta, pero no muestran preocupación por la justicia!

El capítulo 32, en que aparece nuestro texto, comienza con la promesa de un reino en el cual "habrá un rey que reinará con rectitud y gobernantes que gobernarán con justicia" (v. 1). En contraste con la situación de violencia institucionalizada que actualmente existe en Jerusalén, en ese reino venidero "la gente no llamará noble al canalla ni tratará al pícaro como persona de importancia"; el hambriento no volverá con las manos vacías o el sediento sin agua, ni los pobres serán perjudicados con mentiras (vv. 5-8). Jerusalén, "la ciudad amiga de las diversiones", va a ser destruida. Las mujeres despreocupadas que la habitan, por lo tanto, son exhortadas a dejar de lado su falsa seguridad y reconocer el juicio que se avecina (vv. 9-13).

Después de esta exhortación el profeta vuelve sus ojos a los cambios que se van a llevar a cabo cuando el juicio de Dios se cumpla. El Espíritu de Dios – dice – será derramado y surgirá una nueva sociedad y una nueva creación. "La rectitud y la justicia reinarán en todos los lugares del país. El efecto de la justicia será la paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre. Mi pueblo vivirá en un lugar pacífico, en habitaciones seguras, en residencias tranquilas, aunque el bosque sea talado y humillada la ciudad. Ustedes vivirán felices, con riego abundante para sus sembrados y pastos seguros para el burro y el buey" (vv. 16-20).

Para entender mejor esta visión profética de un mundo de paz hay que verla en contraste con la situación caótica descrita anteriormente. La paz a la cual se hace referencia aquí no es una mera ausencia de guerra, sino *shalom*, es decir, armonía, bienestar, integridad, abundancia, prosperidad, salud, felicidad, plenitud tanto para los individuos como para la sociedad. Nuestro texto la relaciona con tranquilidad, quietud o reposo (*sheket*) y con confianza o seguridad (*batah*). En medio de una situación de injusticia a la vez que de tensión social e inseguridad, el profeta vislumbra una nueva era en la historia de su nación, y la describe en términos que nos recuerdan el Año del Jubileo según Levítico 25: "En este año de liberación todos ustedes volverán a tomar posesión de sus tierras... No abuse nadie de nadie. Muestren reverencia por su Dios, pues yo soy el Señor su Dios. Cumplan mis leyes, pongan en práctica mis decretos. Cúmplalos y vivirán tranquilos en el país; la tierra dará frutos, y ustedes vivirán tranquilamente en ella y comerán de sus frutos hasta quedar satisfechos" (vv. 13, 17-19). La relación que Isaías ve entre la justicia y la paz, entre la obediencia a la ley de Dios y la seguridad, aparece ya en la antigua revelación dada a Moisés en el Monte Sinaí, según la tradición.

El anhelo de un mundo en que la gente disfrute de la vida en todas sus dimensiones, sin verse amenazados por la violencia o el infortunio, es una característica común de la humanidad. No es de sorprenderse, por lo tanto, que la promesa de paz y seguridad sea frecuentemente un importante elemento de la retórica política en todos los países. Sin embargo, nuestro texto, en línea con la revelación mosaica, coloca la justicia y la paz en una relación de causa y efecto: "el efecto o resultado de la justicia será la paz".

La justicia (*tzedaká*) a que se refiere el profeta no es ni más ni menos que la justicia de Dios: la justicia que Él ama y Él demanda; no meramente una convención social o un valor humano, sino un mandato divino. "No es sólo una relación entre el hombre y su prójimo, es un acto que implica a Dios, una necesidad divina".<sup>1</sup> Y está íntimamente vinculada a la compasión por los oprimidos, los débiles, los marginados. Es una "opción por los pobres". Tiene que ver con la preocupación especial de Dios por los necesitados y desheredados. Porque Él es un Dios de justicia, es pecaminoso permanecer indiferentes hacia quienes sufren por causas ajenas a su propio control.

*Tzedaká* es una condición esencial para la existencia de *shalom*. Sin justicia, no hay paz. La justicia y la paz son inseparables; están indisolublemente unidas. En palabras del salmista: "El amor y la verdad se darán cita; la paz y la justicia se besarán" (Sal. 85.10).

En ausencia de la justicia solo es posible una paz espuria. La falsa seguridad de los opresores, basada en la coerción, o la modorra de los oprimidos, resultante del temor, pero no una paz real. La paz de un cementerio, o de un campo de concentración, o de un país bajo ocupación militar, pero no una paz genuina y duradera.

*Shalom* nunca puede ser la experiencia de una sociedad corrompida. De una sociedad materialista obsesionada por la riqueza e indiferente a la situación de los pobres. De una sociedad hedonista orientada hacia la satisfacción de necesidades creadas artificialmente y ciega al sufrimiento de las masas en el Mundo de los Dos Tercios. De una sociedad de consumo entregada a la idolatría de las modas y dura frente a la miseria de los marginados. De una sociedad de desperdicio puesta al servicio de la ideología del crecimiento económico ilimitado y sin compasión por las multitudes hambrientas.

Tampoco puede *shalom* ser una realidad en un mundo caracterizado por la injusticia a nivel internacional. Un mundo dominado por la ambición de poder político y olvidadizo de los derechos humanos. Un mundo en que se arrebatara el pan de la boca de los menesterosos a fin de engordar a una elite con problemas de obesidad. Un mundo en que las futuras generaciones de las naciones pobres nacen ya hipotecadas por los países ricos.

La única paz posible en esta clase de sociedad y esta clase de mundo es la paz impuesta por los gobiernos de seguridad nacional. Una paz que depende totalmente de la persecución y el exilio, el arresto arbitrario y la tortura, las desapariciones forzadas, las mutilaciones y los asesinatos. Una falsa paz desafiada para una elite privilegiada, comprada con la sangre de los oprimidos. Una falsa paz que los pobres aborrecen y los ricos no pueden disfrutar totalmente. Una paz que amenaza destruir totalmente la civilización moderna.

Si el fruto de la justicia es la paz, el fruto de la injusticia es la violencia y el caos social, la enemistad y la inseguridad, el odio y el temor. Cada injusticia que se comete contra los pobres lleva en sí la semilla de la subversión. La justicia conduce a la vida, la injusticia desemboca en la muerte. La injusticia no es meramente una violación de derechos humanos, sino un pecado contra el Dios vivo. Por lo tanto, quienes persisten en la injusticia se colocan bajo el juicio de Dios. "El que se burla del pobre ofende a su Creador; el que se alegra de su desgracia no quedará sin castigo" (Pr. 17.5).

Se sigue que la manera más eficiente de trabajar contra la paz es trabajar por la injusticia. Siembra injusticia y cosecharás violencia. En palabras de Robert Kennedy, "quienes imposibilitan la revolución pacífica, hacen inevitable la revolución violenta".

Dondequiera, cuando explota la violencia la explicación común de parte de quienes son beneficiados por el sistema es que los causantes de los problemas son agitadores ajenos a la situación. La pregunta que debe plantearse a los defensores del statu quo es: ¿Qué lograrían tales agitadores si no fuese porque el terreno está ya abonado por el resentimiento y el odio causados por la injusticia?

América Latina es una buena ilustración del problema. Parecería que a lo largo de su historia nuestros países estuvieran atados a un círculo vicioso de empobrecimiento de las masas seguido por explosión social seguida por represión seguida por un mayor empobrecimiento de las masas seguido por una mayor explosión social seguida por una mayor represión, y así sucesivamente. Cada vez que se repite el ciclo, aumenta el costo social. ¿Hay salida, especialmente si se toma en cuenta que cada intento de cambio es de inmediato convertido en el blanco de las sospechas de quienes mantienen el control de las estructuras de poder?

La situación se complica todavía más en vista del juego de intereses económicos a nivel internacional. La política externa de los Estados Unidos funciona en base al presupuesto que la democracia y la libertad son valores que deben preservarse a toda costa en todo el mundo. El hecho innegable es, sin embargo, que en tiempos de la Guerra Fría el gobierno de los Estados Unidos fue siempre compañero de cama de los gobiernos más represivos en la historia de la humanidad.

¿Qué explicación tenía esta espantosa contradicción? Por lo menos parte de la respuesta era que los dictadores latinoamericanos habían aprendido bien cómo funcionaban los mecanismos del poder. Su fórmula era sencilla: (1) Convencer al gobierno de Estados Unidos que ellos también valoraban la democracia y la libertad; que ellos también estaban involucrados en la batalla cósmica contra el marxismo, y que todas las violaciones de los derechos humanos eran sólo una medida temporaria para impedir el avance de los comunistas y evitar que desterraran para siempre a la democracia y la libertad, no sólo de sus respectivos países sino de todo el continente y de todo el mundo. (2) Proteger los intereses económicos de Estados Unidos y (ipso supuesto!) los intereses privados de los gobernantes locales. ¡De este modo se mantenía feliz al elefante! Por cierto, el elefante quedaba feliz, pero no nos engañemos: ese camino conducía a la destrucción porque dejaba sin resolver el problema de la injusticia, y donde hay injusticia no puede haber paz.

Hoy la situación es otra. Quedó atrás la era de la Guerra Fría. Por lo menos en América Latina, ya no tenemos dictaduras militares. Pero no nos engañemos: hoy más que nunca, el poder económico está concentrado en grandes corporaciones transnacionales al servicio del nefasto sistema neoliberal, un sistema de injusticia que beneficia a una élite – la “clase transnacional” – a costa de las grandes mayorías. De la era de Guerra Fría hemos pasado a la era de la Guerra contra el Terror. Cualquiera que esté en desacuerdo con el sistema ya no es un subversivo o un “cómplice de la subversión”, sino que corre el riesgo de ser tildado de terrorista. Y, por supuesto, si queremos que haya paz, ¡tenemos que acabar con los terroristas!

En contraste, la manera más eficiente de trabajar por la paz es luchar contra la injusticia. ¿Anhelas la paz? Entonces, "que fluya como agua la justicia, y la honradez como un manantial inagotable" (Am. 5.24). ¿Anhelas "reposo y seguridad para siempre"? Entonces, "¡no más violencia y explotación! ¡Actúen con justicia y rectitud!" (Ez. 45.9). ¿Deseas vivir "en un lugar pacífico, en habitaciones seguras, en residencias tranquilas"? Entonces, "el Señor ya te ha dicho, Oh hombre, en qué consiste lo bueno y qué es lo que él espera de ti: que hagas justicia, que seas fiel y leal y que obedezcas humildemente a tu Dios" (Mi. 6.8).

Emilio Brunner ha observado correctamente que si las naciones no están dispuestas a poner de lado sus intereses egoístas por causa de la justicia, por lo menos podría esperarse que cumplan los requisitos mínimos de la justicia internacional por causa de la paz. Dice:

Sería fantástico y utópico contar con la posibilidad de que naciones y estados que por miles de años en sus relaciones internacionales han sido guiados por el egoísta principio del poder, de pronto se conviertan en convencidos adherentes del principio de la justicia. Pero no es fantástico creer en la posibilidad de que, en vista de los horrores de una guerra total, las naciones y los estados estén dispuestos a hacer sacrificios a fin de preservar la paz, que no den por sentado el egoísta punto de vista del poder, sino que en la distribución de la tierra, de los intereses y beneficios económicos, de la influencia política, dejen espacio para las necesidades y los derechos de otros. Quien condene esta posibilidad como utópica debe darse cuenta que está declarando que la siguiente guerra mundial es inevitable.<sup>2</sup>

Tales palabras mantienen ciertamente su vigencia. El dilema frente al cual se encuentra América Latina no es o el capitalismo y la libertad, por un lado, o el marxismo y el totalitarismo, por otro lado, como si el capitalismo y el marxismo fuesen realidades últimas. El dilema es, más bien, o la justicia y la paz, por un lado, o la injusticia y la violencia, por otro lado. Por causa de la paz, rechacemos el mito de que puede haber paz sin justicia y sigamos a Aquel que fue ungido para proclamar buenas nuevas a los pobres, libertad a los cautivos, vista a los ciegos y liberación a los oprimidos (cf. Lc. 4.16-21). "Y el efecto de la justicia será paz; y la labor de la justicia, reposo y seguridad para siempre".

---

## NOTAS

1. Abraham J. Heschel, *Los profetas: II. Concepciones históricas y teológicas*, Editorial Paidós, Buenos Aires 1973, p. 75.

2. *Justice and the Social Order*, Harper and Brothers, New York and London, 1945, p. 238.